

REVISTA DE ANÁLISIS Y CULTURA POLÍTICA

NOBIS



1ER. SEMESTRE

Año 1. Vol. 1

DERIVA AUTORITARIA:

EROSIÓN DE LA DEMOCRACIA

- Tan lejos de Dinamarca y tan cerca de Venezuela...
- La democracia que no se vive
- El Murmullo de las Cámaras
- Crisis democrática
- Hacia dónde va nuestro país

2025

CONTENIDO



NOBIS ZACATECAS revista de análisis y cultura política es una publicación editada por la Comisión Operativa Estatal de Movimiento Ciudadano Zacatecas, Calle Heroico Colegio Militar 123, Lomas de San Fernando, 98068, Zacatecas. Número 01, año 1, edición semestral, enero-junio de 2025; D.R. © 2025 Movimiento Ciudadano, Louisiana 113, esq. Nueva York, Col. Nápoles, Alcaldía de Benito Juárez, 03810, Ciudad de México, www.movimientociudadano.mx. Número de Certificado de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título ante el Instituto Nacional de Derechos de Autor: En trámite. ISSN: En trámite. Licitud de Título y Contenido ante la Secretaría de Gobernación: En Trámite.

DIRECTORIO COMISIÓN OPERATIVA ESTATAL

Presidente del Consejo Estatal

María Teresa Villegas Santillán

Secretario del Consejo Estatal

Javier Antonio Guzmán Miranda

Comisión operativa

Juan Francisco Del Real Sánchez

Oscar Juan Ortiz Trejo (Secretario)

Integrantes:

Ana María Romo Fonseca

Carlos Said Adabache Gutiérrez

Elvira Quintero Fernández

Irma Graciela López Díaz

Karina González Muñoz

Tomas Torres Torres

Director Editorial

Moisés Orozco Frausto

Diseño Gráfico



Deriva autoritaria: La erosión de la democracia

Juan del Real

Tan lejos de Dinamarca y tan cerca de Venezuela...

Verónica Rivera Ramírez

La democracia que no se vive:

Cuando el ideal se desvanece en lo concreto

Antonio Rivera Ruiz Esparza

El Murmullo de las Cámaras: La verdad se escribe con Mentiras, porque la ficción es opacada por la realidad...

Ricardo Flores Perusquia

Crisis democrática

Ekaterina Domínguez

Hacia dónde va nuestro país: Deriva autoritaria

Ana Gabriela Álvarez Máynez

Sobre la deriva autoritaria

Marco Vinicio Flores Guerrero

La libertad no se pierde, se cede: Autopsia de la sumisión democrática

Gerardo García

Crisis de Gobernanza: Cuando el Poder Desplaza a la Democracia

María Teresa Villegas Santillán

Del voto al control: La trampa del autoritarismo moderno

Edgar Frías

¿Quién dicta las reglas?

Adrián "Lobo" Del Real

El totalitarismo de la multitud

Moisés Orozco Frausto

PRIMER AÑO DEL SEGUNDO PISO DE LA 4T: MÉXICO SIN OPOSICIÓN

Pilar Pino Acevedo

3

4

7

8

15

18

21

22

23

25

28

33

36

DERIVA AUTORITARIA: LA EROSIÓN DE LA DEMOCRACIA

Por: Juan del Real

En México, la democracia atraviesa uno de sus momentos más delicados desde la transición política de finales del siglo XX. Las señales de una deriva autoritaria son cada vez más evidentes: la concentración del poder, la descalificación de las instituciones autónomas y el uso del discurso público para dividir y desacreditar a quien piensa diferente se han convertido en prácticas comunes del actual gobierno.

La fortaleza de una democracia no se mide únicamente por la existencia de elecciones, sino por la independencia de sus poderes, la libertad de expresión y la vigencia del Estado de derecho. Hoy, todos esos pilares muestran signos de desgaste. La subordinación del Poder Legislativo, la sumisión sobre el Poder Judicial y la tentativa de dismantelar organismos autónomos —como el INE, o la Comisión Nacional de Derechos Humanos— o cómo se concretó con el INAI constituyen una alerta para la ciudadanía y la comunidad internacional.

En paralelo, el discurso oficial ha sustituido el debate público por la descalificación. Desde el poder se ha optado por dividir a la sociedad entre “pueblo bueno” y “enemigos del cambio”, anulando el pluralismo político que da sentido a una república

democrática. Esta narrativa erosiona la confianza social y coloca a quienes disienten en una posición vulnerable, al tiempo que debilita el diálogo institucional.

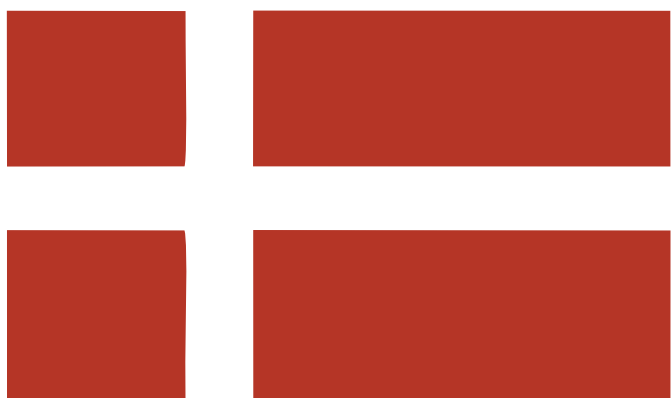
La historia demuestra que los procesos autoritarios no surgen de manera abrupta: se consolidan cuando la sociedad deja de cuestionar y normaliza los abusos. México corre el riesgo de retroceder en materia de derechos, transparencia y participación ciudadana si no se reafirman los contrapesos que sostienen su sistema democrático.

Desde Nobbis, revista coordinada por Movimiento Ciudadano Zacatecas, hacemos un llamado a mirar con sentido crítico la realidad política nacional y local. Defender la democracia implica exigir rendición de cuentas, fortalecer las instituciones y rechazar cualquier intento de concentración del poder. Es momento de recordar que las libertades no se heredan: se ejercen y se protegen día a día.

La democracia mexicana aún tiene futuro, pero solo si la ciudadanía asume su papel como vigilante del poder y defensora de las instituciones que la representan. Solo así se puede construir una alternativa ante la actual vieja política autoritaria.



Tan lejos de Dinamarca y tan cerca de Venezuela



Por: Verónica Rivera Ramírez

El 2025 ha sido el reflejo del voto de más de 1500 millones de personas que, desde la desilusión, el coraje o el miedo, decidieron castigar a los partidos políticos y a los regímenes en el poder en más de 70 países que vivieron procesos electorales durante el año pasado. Esto ha llevado a que el gran concierto internacional, se encuentre lleno de drama, incertidumbre y cambios en los panoramas políticos, sociales y económicos que no son del todo alentadores para quienes habitamos allí.

Para nadie es sorpresa que el mundo, en los últimos años, ha vivido una polarización evidente, de manera que

los regímenes autoritarios surgidos desde sistemas democráticos han tomado cada vez más fuerza. Para el caso de América Latina, el estudio es aún más interesante: venimos de una historia de transiciones dictatoriales a democracias que penden de un hilo y que hoy por hoy la erosión de esas democracias es inminente.

Por tal razón, estimada lectora y estimado lector, vamos a poner sobre la mesa el cómo se han reconfigurado actualmente los escenarios en esta región del mundo, principalmente políticos, pero que de forma directamente proporcional se involucran con las esferas económicas y



sociales, entendiendo dos factores fundamentales: 1) el surgimiento de nuevos actores de poder y liderazgos políticos; y 2) el cambio tan “sutil” que al paso de los años resultan ser cambios radicales.

Pero vayamos por partes. Los ejercicios de poder han cambiado de forma tal que, el surgimiento de liderazgos políticos que parecen sacados de las entrañas de las necesidades de la población es cada vez más común, pero no más generalizado. Es decir, aparecen personajes que hacen vibrar las entrañas con sus discursos; que utilizan la ira, el coraje y el abandono que la clase política y los partidos políticos establecidos han dado por años al general de la sociedad, para utilizarlo como parte de su narrativa y así llegar al poder. Si bien, los podemos catalogar como demagogos, tienen una característica particular: buscan el camino legal y democrático para llegar al poder, de manera que su ascenso, en la mayoría de los casos exponencial, se vuelve también legítimo.

Además, encontramos también el surgimiento de actores que por sí mismos ya representan una carga de poder y por lo tanto de decisión global. Magnates que refuerzan, o no, a la clase política y que nos enseñan que las agendas políticas, hoy por hoy, se tienen que jugar tanto en el espacio público como en el privado. Lo anterior se concluye dado que, las democracias occidentales se encuentran cada vez

más debilitadas y esto provoca un choque directo con la gran actividad económica y comercial del sur global; es decir: los países ricos ya no son el mejor ejemplo de calidad de vida y los países pobres se vuelven un gran espacio de inversión por la mano de obra accesible.

Es entonces como llegamos a un segundo punto y es que debemos entender que en la actualidad la desarticulación de las democracias es peligrosamente engañosa. Ahora ya no vemos golpes de Estado, militares tomando el mando a la fuerza o asesinando presidentes, tampoco presenciamos medios violentos contra los inconformes contra el régimen, o desapariciones forzadas de los enemigos políticos - ¿o sí? - como sucedió en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX.

Hoy, el fracaso de las democracias se produce en las urnas, con elecciones aparentemente democráticas. Hoy, las democracias se debilitan con pasos tan pequeños que son apenas perceptibles. Hoy las democracias tambalean por la llegada de personajes que aparecen como salvadores y una vez allí, reescriben las reglas electorales para transformar el mismo proceso que los condujo al poder. Hoy, la erosión de las democracias se da a través de medidas gubernamentales, pues las nuevas leyes y reformas constitucionales son aprobadas por los Poderes Legislativos o incluso por los Tribunales Máximos.



Así pues, como una tendencia a escala global, los líderes electos por vía democrática comienzan una transformación hacia el autoritarismo: tratan a sus adversarios políticos como enemigos utilizando incluso insultos para referirse a ellos; intimidan a la prensa libre e incluso a los propios empresarios que no están a su favor ejerciendo presión mediática hasta mantenerlos a raya y lo más grave: atacan las instituciones democráticas que funcionan como mecanismos de control y equilibrio de poder: como los tribunales, las agencias de seguridad o el ejército e incluso auditorías o instituciones de acceso a la información y transparencia. Lo preocupante de esto es que se hace de manera paulatina y casi imperceptible de forma que, analizado por separado, pareciera insignificante; total, elecciones todavía hay. Lo que es aún más grave: muchas de estas medidas se justifican bajo un logro público -y muchas veces plausible- como garantizar mejores procesos democráticos, eliminar la corrupción, combatir la pobreza o mejorar incluso las condiciones de seguridad en un país. Parafraseando un dicho popular: “tan lejos de Dinamarca y tan cerca de Venezuela”, para México, la situación no es muy alentadora. En realidad, no voy a caer en la barata narrativa de compararnos con la hermana República Bolivariana, puesto que no es el único caso que tenemos de ejemplo, situaciones como las antes descritas han

pasado alrededor del mundo, desde Filipinas hasta Polonia, en Sri Lanka, Turquía y Hungría; y en el continente americano en Perú, Nicaragua e incluso, varios expertos han colocado a Estados Unidos en esta situación.

Finalmente, estimada lectora y estimado lector, debemos tener claro que las instituciones por sí solas no son suficientes para poner un alto a los regímenes autoritarios. Los partidos políticos o la sociedad civil organizada no son los únicos responsables de la defensa de la Constitución, que sigue siendo la única vía de mantener normas democráticas que ayuden a estabilizar a los países. Es necesario que la sociedad en general cuestionemos a los gobernantes en turno y que exijamos a las autoridades el trabajo que deben hacer. Es imprescindible que sociedad y gobierno trabajemos de la mano, en un ejercicio de corresponsabilidad para mantener vigiladas a las autoridades y evitar que el poder se incremente en las manos de unos cuantos. Por último, es fundamental que las personas nos involucremos en la defensa de las causas que sí importan y así logremos mejores comunidades y óptimas condiciones de vida.

**Imprescindible el
trabajo en conjunto de
sociedad y gobierno.**



La democracia que no se vive, cuando el ideal se desvanece en lo concreto

Por: Antonio Rivera Ruiz Esparza

La democracia no es un estado alcanzado, sino un proceso en constante construcción. Más allá de los discursos y las formalidades institucionales, su defensa exige prácticas reales que la hagan tangible en la vida cotidiana. Desde la perspectiva de la dialéctica de lo concreto —una herramienta crítica desarrollada por Karel Kosík— es posible analizar cómo los ideales democráticos se enfrentan a estructuras que los distorsionan o vacían de contenido.

La dialéctica de lo concreto nos invita a observar la democracia no como una abstracción, sino como una realidad vivida, atravesada por tensiones, contradicciones y desafíos. En México, esta erosión democrática se manifiesta de manera clara en varios frentes.

Uno de ellos es la reducción de la participación ciudadana. Aunque el voto sigue siendo el mecanismo central de legitimación, la acción política se ha limitado a lo electoral, dejando de lado formas más amplias de deliberación y organización. La apatía y la desconfianza en las instituciones son síntomas de una democracia debilitada.

Otro fenómeno preocupante es la captura institucional. La concentración de poder en élites políticas y económicas, junto con la desaparición o manipulación de organismos autónomos, revela cómo la ley puede convertirse en instrumento de control más que de garantía. Esto mina los contrapesos necesarios para una democracia funcional.

A ello se suma la crisis de la información. La proliferación de noticias falsas y la polarización mediática afectan la capacidad ciudadana de tomar decisiones informadas, fragmentando el diálogo público y debilitando el debate democrático.

Finalmente, la desigualdad estructural impide que la democracia sea realmente incluyente. Cuando el acceso a derechos y oportunidades está mediado por la clase social, el género o la etnia, la igualdad política se convierte en una ficción.

Reconocer esta erosión no implica renunciar a los principios democráticos, sino repensarlos desde su práctica concreta. Es necesario recuperar la participación como ejercicio cotidiano, democratizar las instituciones desde abajo, promover una cultura política crítica e informada, y vincular la democracia política con la justicia social. Solo así podremos construir una democracia que no solo se proclame, sino que se viva.





La verdad se escribe con Mentiras, porque la ficción es opacada por la realidad...

Por: Ricardo Flores Perusquia

"Aquellos que no pueden recordar su pasado están condenados a repetirlo."
George Santayana

La historia no siempre regresa como un eco; a veces lo hace como una advertencia ignorada. Lo que ayer parecía una idea improbable, "casi absurda" hoy se cuela en nuestra cotidianidad con inquietante naturalidad. Vivimos en una era donde la mentira se disfraza de verdad, y la verdad, de molestia. Donde todos tienen voz, pero pocos tienen algo que decir. Nos expresamos más que nunca, pero nos escuchamos cada vez menos.

Hemos construido una muralla invisible de cámaras y pantallas que, en lugar de conectarnos, nos aísla. Y mientras más contenido consumimos, menos pensamos. Nos convertimos, sin notarlo, en reflejos de otros, en repeticiones

huecas. ¿Acaso ese será nuestro límite? ¿Somos tan predecibles como para llegar a ese punto de no retorno? ¿Qué tan extremista tiene que ser una idea para que no sea aceptada?

Contexto sobre un mundo en putrefacción...

Pongámonos en contexto. En la novela 1984, nos encontramos en un mundo dominado por un régimen totalitario, donde las personas viven bajo la constante vigilancia del Gran Hermano. Esta figura imponente, inspirada en Joseph Stalin, líder de la extinta Unión Soviética, observa a los ciudadanos sin descanso, a través de cámaras que todo lo ven. O mejor dicho, a través de



televisores que no solo transmiten, sino que también espían: siempre encendidos, siempre atentos.

El protagonista, Winston, no está completamente de acuerdo con estas reglas. Tiene recuerdos vagos, difusos, de una época diferente: momentos de libertad en un prado junto a su madre, imágenes que chocan con la opresión que vive. A lo largo de la historia, se nos presenta la existencia de cuatro grandes ministerios, que manipulan la percepción de la sociedad con fines oscuros y destructivos, incluso contra la propia humanidad.

Sí, es una historia de ficción... pero, ¿de verdad está tan lejos de nuestra realidad? ¿Hasta qué punto lo que describe Orwell ya forma parte de nuestro presente? ¿A caso llegará el día en el que nuestras necesidades más básicas o sin importancia sean ilegales? Vida detrás de las pantallas, el reflejo de morir por dentro...

En el libro se nos presenta el régimen de Oceanía. Una de sus reglas más estrictas es que nadie puede apagar las telepantallas. Están en todas partes, en cada casa, vigilando cada movimiento, cada palabra, cada gesto. El Partido las usa para controlar, para asegurarse de que nadie siquiera piense en rebelarse. No hay escapatoria.

Los métodos que usan para adoctrinar son crueles. Además de la violencia constante provocada por las guerras con otras naciones, los medios se encargan de mostrar imágenes grotescas, gráficas, difíciles de olvidar.

Ejecuciones públicas de supuestos traidores, prisioneros de guerra exhibidos como escarmiento. Todo frente a la mirada de todos, especialmente de los más jóvenes, que crecen viendo eso como si fuera algo normal. Como si así tuviera que ser.

Y no sé... eso suena demasiado parecido a lo que vivimos ahora. Ellos no pueden apagar sus pantallas. Nosotros tampoco, pero no porque alguien nos lo prohíba, sino porque simplemente no podemos. Nos hicimos adictos. Nos convencimos de que son necesarias, que sin ellas no podríamos trabajar, estudiar, comunicarnos. Pero lo cierto es que ya no sabemos estar sin una pantalla frente a los ojos, incluso cuando lo que vemos en ellas nos está pudriendo poco a poco. Los medios de entretenimiento han cambiado mucho, o quizá no tanto. Desde que el mundo quedó marcado por las guerras mundiales, la violencia se volvió parte del espectáculo. Se nos metió por los ojos.

Hoy está más cerca que nunca, y cada vez parece importarnos menos. Haz la prueba: busca las series más vistas en los últimos años. ¿Cuántas de ellas giran en torno a la violencia, la muerte, la brutalidad? ¿Qué diferencia real hay entre eso y una ejecución pública? Nos estamos volviendo insensibles. Más fríos. Más crueles. Y lo peor es que lo estamos normalizando. Lo consumimos, lo compartimos, lo convertimos en tendencia. Es aterrador. Porque ya no es solo ficción. Es un espejo. Y lo que vemos en él... da miedo. Hey, por lo menos nos



tenemos los unos a los otros para nunca estar completamente solos...

Separa a tus enemigos y vencerás...

Gran parte de la novela gira en torno a esa pequeña chispa de rebeldía que Winston y Julia se atreven a encender. Escaparse, tocarse, besarse, pasar tardes enteras amándose en

secreto... hablar de un pasado que no les pertenece, de una libertad que nunca conocieron pero que anhelan como si alguna vez hubiera sido suya. Es un acto de ternura en un mundo podrido. Ella, joven, impulsiva. Él, mayor, cansado. No importa. Se entienden. Se respetan. Se aman. Y por un momento, parece que eso basta. Que el amor, tan frágil y absurdo en una sociedad como esa, puede ser suficiente para mantenerse de pie.

Cuando aparece O'Brien, carismático, inteligente, miembro del Partido, pero supuestamente parte de una resistencia clandestina... la esperanza se reaviva. ¿Y si es cierto? ¿Y si hay otros? ¿Y si todo este infierno tiene una salida? La posibilidad es peligrosa, sí, pero es lo único que tienen. Y en un lugar donde

todo está muerto por dentro, incluso una mentira bien contada puede parecer una promesa. Pero no. En este mundo no se puede confiar en nadie.

Apenas tienen la oportunidad, se nos revela la verdad: O'Brien no es parte de ninguna resistencia. Nunca lo fue. Él es

el cazador disfrazado de

salvación. Y Winston y

Julia, tan valientes, tan

desesperados por

creer, caen como

insectos atraídos

por una falsa luz.

Son llevados al

Ministerio del

Amor. El lugar

más temido,

más

misterioso, del

que nadie vuelve

igual, si es que

vuelve. Ahí, la

tortura no es solo

física. Es mental. Te

rompen... Te arrancan todo lo

que te hacía humano. Lo llaman

"reeducación", pero no es más

que destrucción sistemática del

alma. No hay compasión. No hay

redención. Solo dolor, traición y

olvido.

Las condiciones son inhumanas, sí, pero

eso no es suficiente para describirlo.

Sería más honesto decir que, en ese

lugar, lo inhumano se vuelve norma. Te

enfrentan a tus peores miedos, te

obligan a traicionar lo que más amas, a

escupir sobre tu dignidad, a suplicar por

FICCIÓN REALIDAD



cosas que ni siquiera comprendes. Hasta que no quede nada.

En la guerra, uno de los métodos más eficaces para vencer al enemigo era dividirlo. Separar, aislar, debilitar. Porque es más fácil aplastar a un grupo fragmentado que a una masa unida. Lo sabían los estrategas de antaño, y lo saben hoy quienes manejan los hilos. Lo irónico es que ya no necesitan dividirnos... nosotros lo hacemos solos.

Vivimos tiempos en los que estamos más polarizados que nunca. Corrientes ideológicas extremas nos jalen de un lado a otro como si fuéramos marionetas rotas. Y luego están esas otras corrientes, vacías, sin rumbo, que prometen mucho y no dicen nada. Nos volvimos vulnerables. Perdimos el centro. La mayoría ni siquiera toma una postura clara. No porque no les importe, sino porque ya no saben en qué creer. Y cuando no crees en nada, crees en todo. En cualquier cosa. Te vuelves presa fácil de la manipulación, del ruido, de los discursos disfrazados de verdad.

Nada en exceso es bueno, lo sabemos, pero insistimos en llevarlo todo al límite. Y así estamos: separados, enfrentados, confundidos. Sin acuerdos, sin diálogo, sin comunidad. Cada quien encerrado en su mundo, en su verdad, en su pantalla.

Pocas personas conservan hoy la capacidad de pensar por sí mismas. De filtrar, de cuestionar, de construir un criterio propio. Muy pocas. Y eso duele. Porque sin pensamiento propio no hay libertad. Solo hay repetición. Imitación.

Sumisión. Nos convertimos en el centro de nuestro propio universo. Solo importa el "yo". El "nosotros" se volvió obsoleto. La idea misma de "sociedad" se diluyó en una masa de individuos solitarios que compiten por atención, por validación, por sobrevivir. Pero no por convivir.

Y es ahí donde todo se vuelve contradictorio. ¿Cómo puede existir una sociedad sin sentido de comunidad? ¿Cómo podemos hablar de humanidad cuando cada quien está dispuesto a traicionar al otro con tal de salvarse? Hoy en día, muchos entregarían a su hermano, a su amigo, a su pareja... por miedo. Por comodidad. Por no ser los siguientes. Y lo más aterrador es que no lo harían por maldad, sino por indiferencia. Porque es más fácil vivir en la ignorancia que enfrentar la realidad y admitir que ya estamos rotos.

Veamos "El lado positivo... al menos hay libertad de expresión" ¿Verdad? Saber la verdad te condenará, ¿Existen los cuatro ministerios? En la historia se nos presentan cuatro ministerios que se encargan de mantener a la sociedad al margen, a través de: mentiras, engaños o distorsión de la verdad. Cada uno se encarga de algo diferente:

Pantallas siempre prendidas, nunca volverás a estar solo otra vez...

Ministerio de la Verdad: Se encarga de la propaganda y la falsificación de documentos históricos para que coincidan con la versión oficial del Partido.

Ministerio de la Paz: Administra la guerra continua, manteniendo el estado de



conflicto bélico con otras superpotencias.

Ministerio de la Abundancia: Supervisa la economía, racionando los bienes y generando escasez mientras proclama prosperidad.

Ministerio del Amor: Se encarga de la represión, el castigo y la tortura para garantizar la obediencia total al Partido.

Este último era el más misterioso de la historia este se nos presenta casi hasta el final cuando Winston es torturado casi al final del Libro. Esto resulta inquietante, ya que trabajar en un ministerio es considerado un privilegio enorme y un símbolo de estatus dentro del sistema del Partido. Sin embargo, ese prestigio convive con una realidad

sombría: la mayoría de la población vive en condiciones miserables, mientras se glorifica la obediencia ciega, la conformidad social y el apoyo incondicional a la guerra perpetua. Se romantiza el sacrificio y la represión, como si encajar con los demás y mantenerse leal al Partido fuera más valioso que el bienestar o la verdad.

Aunque en nuestro mundo no existan oficialmente los cuatro ministerios, sus funciones siguen operando, disfrazadas, adaptadas, normalizadas. No los vemos porque no los llamamos por su nombre. Pero están ahí.

Tal vez no todos los países cometan los mismos abusos, ni con la misma

brutalidad... pero las prácticas persisten, se repiten en distintas esquinas del planeta. Y lo peor es que ya las ignoramos sin pensarlo, como quien aprende a convivir con una herida abierta. Tomemos como ejemplo al Ministerio de la Verdad. No hace falta que alguien borre los documentos del pasado o reescriba libros para alterar la historia. Basta

con tener medios que acomoden los hechos según su conveniencia. Basta con una cámara, una edición adecuada, una narrativa bien armada.

Vemos cómo una figura pública, alguien con poder o influencia, comete un acto atroz, y aun así, si sirve a ciertos intereses, será defendida. Justificada. Blanqueada. Se reescribe su imagen. Se



le purifica. No importa lo que haya hecho, solo importa lo útil que sea para el guión. Eso también es manipular la verdad. Eso también es control. Muchas naciones aún están en guerra, aunque sus ciudadanos miren hacia otro lado. Potencias como Estados Unidos basan parte de su economía en esos conflictos, en guerras interminables que alimentan industrias, que enriquecen a unos pocos a costa de miles de vidas. Y mientras esas guerras sigan siendo rentables, no habrá paz. Porque la paz no vende. Y lo más desgarrador de todo... es que quienes se atreven a decirlo, a alzar la voz, a incomodar con verdades que no convienen, son silenciados. México forma parte de esos países donde decir la verdad es una sentencia. Donde periodistas desaparecen, mueren, son borrados por atreverse a saber demasiado. Gente que hoy ya no está... por decir lo que otros querían esconder. No se trata de que queramos vivir en abundancia. Ni siquiera de que seamos felices en la ignorancia. El problema es más crudo: no tenemos los medios para conocer la verdad absoluta. Y quizás esa verdad ni siquiera exista. Lo peor de todo es esto: yo tampoco la tengo. No puedo hablar de verdad si también estoy atrapado en la

ignorancia. Y eso... eso es lo más triste de todo. Solo puedo mirar, con los ojos abiertos y las manos vacías, intentando entender un mundo que se empeña en ocultarse tras una máscara de mentiras bien contadas.

Bajo este criterio cuánto me gustaría ser ignorante de lo que pasa... Ser solo un idiota más en una maquinaria enorme

donde no conoces y no puedes confiar en cualquiera... A veces

envidio a los que creen ciegamente. A los que confían en los discursos, en las figuras públicas, en las instituciones.

Porque la verdad es que no se puede confiar en nadie. Nadie que esté en un puesto de poder, sin importar lo que diga, sin importar cómo lo diga, puede ser completamente puro. Nadie es del todo honesto. Nadie está limpio. Nadie representa algo más grande que sus propios intereses.

¿Y entonces? ¿De qué sirve abrir los ojos si todo lo que vas a ver es podredumbre? ¿Acaso merecemos conocer la verdad? ¿Acaso alguien la busca realmente? ¿O preferimos vivir engañados, cómodos en nuestra burbuja, mirando hacia otro



lado mientras todo arde? Y en medio de todo esto, estoy yo... escribiendo esto como si fuera a importar. Como si alguien fuera a leerlo y cambiar algo. Tal vez solo soy un maniaco, atrapado en su cabeza, vomitando palabras en un intento desesperado por darle sentido a una sociedad aún más enferma de lo que Orwell imaginó.

Pero si esto es locura... entonces qué cuerdo querría seguir viviendo así.

Bienvenido a la realidad... El régimen es silencioso y probable... Una conclusión precipitada. Es desalentador saber todo esto. Abrir los ojos y desear no haberlo hecho. Ver cómo todos se justifican, cómo nadie asume sus errores... salvo tú. Sentirse solo entre una multitud ciega. Durante todo este ensayo he hablado desde la desesperanza, porque la novela también lo hace. ¿Para qué tener esperanza, si lo que se escribió hace décadas ya parece una predicción similar de lo que vivimos hoy? Y sin embargo, aunque suene cursi... porque lo es, yo quiero creer que aún no todo está perdido. Que esto puede cambiar. Que no todos somos así. Quiero pensar que no estamos condenados a destruirnos. Que aún hay margen para hacer las cosas distinto. Tal vez no sea alguien grande. Tal vez no deje una marca inmensa en el mundo. Pero quiero dejar algo, aunque sea pequeño. Quiero cumplir mis propios objetivos, sin pisar a nadie. Quiero ayudar y ser ayudado. Reír sin miedo, y hacer que otros también lo hagan. Ser yo, sin que el mundo me moldee a la fuerza.

No soy perfecto. No soy un héroe. No estoy de acuerdo con muchas cosas y muy probablemente sea parte del problema. Pero prefiero vivir consciente, en un mundo lleno de grises, que seguir dormido en una mentira. Y mientras no promueva odio, mientras no alimente esta violencia absurda que nos consume... entonces, quizás, algo puede mejorar.

¿Es desesperanzador? ¿Es cursi? Tal vez. Pero con que uno solo decida no seguir el mismo camino, este mundo ya tiene una oportunidad. El cambio no necesita ser violento. Solo necesita ser verdadero. En pocas palabras... Quiero pensar que no todos estamos así. Que aún queda algo de luz, aunque sea tenue. Tal vez no podamos cambiarlo todo. Tal vez el mundo ya esté muy dañado. Pero si uno solo de nosotros decide no seguir alimentando esta maquinaria, si uno solo decide no promover odio, no justificar lo injustificable... entonces, hay esperanza. No se trata de cambiar el mundo entero. Se trata de no dejar que el mundo te cambie a ti. Aunque todo arda... que no arda tu humanidad.

Me llamo Ricardo Flores Perusquia... Les exijo a mis amigos que me llamen Akimitsu sin razón justificada, y me apodo más genial es R.F.P aunque nadie me llame así y sea solo mi firma cuando dibujo... Espero que disfrutaras mi peculiar reflexión y en caso de que no vuelva a verte... "No tengas un buen día, ten un gran día"



CRISIS DEMOCRÁTICA

15

Por Ekaterina Domínguez

La reciente aprobación de la reforma a la Ley de Amparo 2025 en México, ha sido motivo de caldeados debates entre las diversas corrientes partidistas de nuestro país. El Juicio de Amparo creado por el jurista Crescencio García Rejón y plasmado en la Constitución Política del Estado de Yucatán en el año de 1841 y que posteriormente fue retomado por Mariano Otero para federalizarlo e incluirlo en la Constitución Política de 1857 fue innovador a nivel internacional en el siglo XIX; quienes hemos hecho uso juicio de amparo como medio de defensa sabemos que es una herramienta indispensable para proteger y garantizar los Derechos Humanos de las y los mexicanos.

¿Qué es el Juicio de Amparo? La misma Ley de Amparo Reglamentaria de los Artículos 103 y 107 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y cuya publicación data del periodo presidencial del General Lázaro Cárdena del Río (10 de enero de 1936), en su Artículo 1º dice lo siguiente:

“El juicio de amparo tiene por objeto resolver toda controversia que se suscite:

- I.- Por leyes o actos de la autoridad que violen las garantías individuales;
- II.- Por leyes o actos de la autoridad federal, que vulneren o restrinjan la soberanía de los Estados;
- III.- Por leyes o actos de las autoridades de éstos, que invadan la esfera de la autoridad federal.”

Es decir, por muchos años la Ley de Amparo ha servido para inhibir y evitar el excesivo uso del poder de quienes nos gobiernan, con la reforma actual, se coarta la posibilidad de que Asociaciones Civiles o Grupos de Personas Organizadas que se consideren con interés legítimo para detener las arbitrariedades del Estado recurran al juicio de amparo; ya que en las nuevas disposiciones de La Ley de Amparo, el legislador solamente faculta a quienes a criterio del juzgador sean las y los directamente perjudicados de las violaciones de derechos.





Bajo ese criterio, el Juez de Distrito no deberá conocer de asuntos donde las violaciones a los derechos humanos sea impersonales o de interés de la comunidad y únicamente quién o quiénes logren acreditar su legitimidad jurídica de manera directa dentro de la demanda, podrá apersonarse dentro de un juicio de amparo.

Meses atrás en la Ciudad de Zacatecas se vivió un ejercicio histórico en la defensa de los Derechos Humanos, donde diversos actores de la población de la entidad, presentaron demandas de amparo en contra de la construcción de una obra llamada “Viaducto Elevado” (segundo pisos del boulevard) por considerarla transgresora de los Derechos Humanos de la cultura, movilidad, salud, bienestar, entre otros.

Dentro de los diferentes entes promotores del Juicio de Amparo se encontraban personas físicas y morales (como Movimiento Ciudadano Zacatecas), cuyo común denominador era su inconformidad encaminada a cancelar la obra por el costo eminentemente elevado y que por estaba afectando de manera directa e indirecta a diversos sectores de la comunidad. Después de varios meses de litigio, las juezas federales concedieron a las demandas de amparo las suspensiones provisionales y posteriormente las definitivas que logra frenar la construcción de la magna obra.

Bajo la presión social en contra de la obra por su oneroso costo y bajo el supuesto de que los tiempos procesales son tan lentos que ya no daría oportunidad a la actual administración de ejecutarla, el Gobierno del Estado de Zacatecas anunció la cancelación definitiva de la misma.



Con la nueva reforma a la Ley de Amparo 2025, el triunfo anteriormente narrado hubiese sido imposible; porque como ya se mencionó, dentro de las demanda de amparo presentadas había gente exigiendo la protección de la justicia por diversas índoles; desde estudiantes y amas de casa que pugnaban porque los tiempos de traslado a sus labores se habían duplicado, hasta quienes estaban inconformes con la construcción de la obra por la mala imagen urbana que daba la maquinaria de trabajo.

Para el legislador esos motivos ya no son suficientes para solicitar un amparo, quienes presenten una demanda me amparo a partir de la publicación de la reforma del 2025, tendrá que demostrar que la afectación real y directa a sus derechos humanos es inminente. Yéndonos con el ejemplo anterior de Zacatecas, con la reforma actual quienes pudieran inconformarse por un acto de autoridad violatorio de garantías serían personas que de manera directa vivan y convivan con los límites territoriales de la construcción de la obra (comerciantes establecidos formalmente, habitantes con escritura del predio a su nombre o arrendatarios con contrato de arrendamiento), es decir, se estaría dejando de lado a grupos de activistas, profesionistas, partidos políticos y diversas agrupaciones defensoras de los Derechos Humanos que pudieran sentirse vulneradas con una obra pública que no priorizaba el gasto público, que no contaba con los permisos de construcción necesarios y que sería ejecutada en más de dos años sobre el Boulevard Adolfo López Mateos.

En el mismo tenor, ya no habrá cabida a la suspensión provisional como medida que garantice al afectado que la autoridad interrumpirá su coacción; en la presente reforma a la ley impide que se interrumpa de probable violación, en lo subsecuente el demandante se tendrá que esperar a la culminación del juicio y que se dicte la sentencia definitiva correspondiente para saber si al quejoso lo ampara y lo protege justicia federal.

Ejemplos de injusticias hay muchos, lo que sí es preocupante es que bajo el actual régimen político, México no está avanzando hacia un Estado que genere mejores condiciones sociales para todos y todas. Cada día es más evidente que mientras el discurso se centra en la democratización del país basada únicamente en el voto emitido en las urnas para elegir a los representantes de los poderes de la unión y no en la repartición igualitaria del producto social que pueda elevar el nivel de bienestar de las y los mexicanos, estamos cada día más expuestos a ser víctimas de actos impunes del autoritarismo.



Hacia dónde va nuestro país: *deriva autoritaria*

Por: Ana Gabriela
Álvarez Máynez

En el país suceden acciones de orden político que ponen en jaque derechos y oportunidades para los ciudadanos. Existen dos visiones generales, la primera es la que tiene la sociedad, viviendo una realidad que no se puede ocultar, en donde

el desabasto de medicamentos duele, la inseguridad nos envuelve sin escapatoria, las malas decisiones económicas en el país, hunden más a los ciudadanos, enfrentando momentos difíciles para el sustento cotidiano, y si a ello le sumamos, los recortes presupuestales en educación y cultura, el elemento que dota de herramientas a la población, se debilita.

La segunda visión es de personas cercanas a las fuentes reales de la información, quienes la manejan, la estudian y analizan, compartiendo con frecuencia y de forma más elaborada, la situación que se enfrenta. No todos los ciudadanos se dan la oportunidad de estar al tanto de datos documentados y reales, por ende, la brecha se abre con mayor rapidez y hace que el freno sea más difícil, pero no imposible.

Un concepto de deriva autoritaria es aquel que indica cómo el sistema político ha evolucionado a reformas autoritarias, en el caso de nuestro país, el gobierno actual nos lleva a un sistema de represión, el ejercicio gubernamental se ha endurecido de diversas maneras que se ejemplificarán más adelante.

La deriva autoritaria se ha fortalecido con los años en el país, se ha diseñado un modelo de control que va desalentando las formas de resistencia y que va cortando las oportunidades de lucha para quienes se resisten al rumbo que han tomado diversos países.

Uno de los elementos más fuertes y que ataca desde diversos frentes la seguridad del país, es el dismantelamiento del Poder Judicial mexicano y la desaparición de los organismos autónomos de control. Desde algunos puntos se veía la necesidad de reformar algunos aspectos que dañaban el desempeño del Poder Judicial, pero la manera en que se llevó a cabo la reforma, no fue la correcta, pues fuimos testigos de la ocupación de espacios de muchas personas con falta de capacidad y que se enfrentaron a una toma de decisiones incorrecta, por gente no preparada para dicha situación. Las consecuencias se verán, pues es fundamental que los jueces, magistrados y ministros tengan una preparación de altura para la resolución de agendas trascendentales.

El país tiene mucho que resolver en temas de seguridad, los vacíos son evidentes:



- 1 de cada 200 delitos llegan a juicio.
- De 100 delitos cometidos, sólo 11 son denunciados por víctimas.
- De 100 delitos, sólo en 8 abren carpetas de investigación.
- 4 de cada 10 personas en prisión no han recibido sentencia.
- Todos los días son encarceladas 318 personas sin una acusación formal.
- 1 de cada 5 policías no reciben formación inicial.

Estos datos nos revelan la gravedad del asunto, la formación y capacitación en todo el aparato de seguridad requieren una mejora, atención y seriedad. Si a ello le sumamos datos que siguen fragmentando la inseguridad y que para ellos (diputados y senadores de MORENA, con mayoría en el poder) es una muestra de autoridad, como la militarización del territorio, que sigue en aumento y no muestra soluciones reales.

Expongo un dato que asusta, ahora que tomó poder el actual presidente de E.U.A., Donald Trump, la relación con el país se ha visto dañada por las acciones relacionadas con los aranceles y la migración; en México seguimos faltando al compromiso de resolución urgente. En el año 2018 había 131,445 personas extranjeras en situación migratoria irregular, y en el 2024, el incremento es impresionante, pues ya son 925,085 migrantes en esta condición. Vimos cómo se militarizaron las zonas fronterizas, y a las personas que regresaban al país en muchas ocasiones no se les atendía, pues la situación se agravaba en



su deportación. No hay una gestión migratoria profesional que les garantice condiciones dignas.

La estrategia fallida de seguridad se ha basado en tres planteamientos: punitivismo, militarización y prohibicionismo. Todos los días constatamos que esta no es la solución, basta ver lo que se vive en Zacatecas. No se traza un Plan de Pacificación que sane el dolor, las heridas, la psicosis que ha generado una vida cotidiana llena de problemas tan violentos.

La deriva autoritaria nos demuestra como el fortalecer los tres planteamientos mencionados ha llevado a los ciudadanos a condiciones de ahogo. La seguridad no otorga justicia, la economía no es suficiente para un 60% de la población que vive un decrecimiento, y si a ello le sumamos datos serios sobre lo que ha generado el recorte presupuestal en sectores educativos y culturales, se concreta un panorama aún más difícil y que podrá enfrentar de una manera menos instrumentada la situación que se fortalece.

El abandono escolar se ha incrementado de manera alarmante, en primaria hay 770,292 alumnos, en secundaria 232,860 y en el nivel medio superior 620,651 jóvenes, siendo el porcentaje más alto de las últimas décadas. Esto surge por el recorte presupuestal a las universidades públicas, y si agregamos el aumento a las becas otorgadas a los jóvenes que no estudian ni trabajan, pareciera que se está construyendo un modelo que nos lleva al fracaso educativo. En cultura el recorte presupuestal ha sido de un 25% del 2018 a la fecha. Un país con menos estudiantes y menos cultura está condenado al fracaso, a fortalecer el aparato de ignorancia frente a esta deriva autoritaria que no tendrá elementos para defenderse y luchar desde lo colectivo por un sistema democrático, justo, y que atienda a los ciudadanos con altura.

Lo más reciente que vivimos frente a este concepto que nos llena de un futuro incierto, es la reforma a la ley del amparo, una ley que dejará trunca la manera de defensa frente a las denuncias y tomas de decisiones de colectivos, de grupos vulnerables y de luchas que aún están pendientes. El amparo ha sido una manera en la que los ciudadanos accedemos a un momento para argumentar las defensas, para encausar las luchas y buscar la forma de defendernos de injusticias o de la poca credibilidad que se da a muchos desprotegidos. La eliminación y el trabajo que propone esta ley nos deja a la deriva una vez más y la sensación de “desamparo” crece.

Que la búsqueda de llegar a más personas con información sobre esta situación, sobre los derechos, sobre las reformas y sobre el actuar de legisladores que deben velar por el interés de los mexicanos, se amplíe, que sea una manera generar mayor participación para encontrar caminos que nos lleven a un panorama de justicia, de igualdad, de derechos, a una mejora en la repartición del presupuesto en búsqueda del bienestar verdadero del país.



Sobre la deriva autoritaria

Por: Marco Vinicio Flores Guerrero

Nadie puede permitirse caer en la ingenuidad de pensar que la Democracia es una conquista definitiva; una victoria inamovible en el desarrollo de las sociedades; una cima alcanzada donde descansar y celebrar la lucha por la libertad... la libertad, una palabra que pronunciamos casi como reflejo; que dejamos caer con rotundidad en montón de discursos, pero muchas veces nos olvidamos que así como las plantas, o como la amistad, a la libertad no le basta con ser evocada, debe además fomentarse, nutrirse y celebrarse con su ejercicio constante.

La historia tiene un amplio catálogo de democracias que se desvanecen en el tiempo, de manera estruendosa se derrumban sobre los ideales que las pergeñaron, o lenta y sistemáticamente, casi de forma imperceptible, se corrompen por una ausencia de institucionalidad y por una concentración de poder.

En ambos casos el riesgo es caer en la deriva autoritaria: en el primero, casi por necesidad y estado de excepción; en el segundo, es una consecuencia de la paulatina e imperceptible

degradación de los ideales del liberalismo. Este ejemplo es más relevante para nuestro caso particular.

La república mexicana ha ido normalizando una situación de deriva autoritaria. El ejecutivo ha ido debilitando o cooptando las instituciones o los órganos autónomos con un discurso de austeridad; ordenando reformar de manera abusiva, para subordinar contrapesos institucionales; militarizando una enorme cantidad de actividades civiles; interviniendo de manera política el poder judicial y ejerciendo cada vez más una presión constante para controlar la narrativa de los medios de información.

Nuestra tarea es clara: el poder empuja hasta que encuentra resistencia. Por eso debemos consolidar la Fuerza Naranja, para defender la democracia como un acto de resistencia cotidiana; reclamar nuestros derechos conquistados, y luchar para que no solo no sean olvidados, sino que cada vez se vigoricen más por su uso. Esto significa participar de la vida pública de la nación y asumir, como cada generación debe hacerlo, una responsabilidad para mantener viva la libertad, o en su caso, para reconquistarla, reinventarla y / o protegerla de los enfermos de poder.

Resistir es necesario, una condición inherente a los hombres y mujeres que buscan el progreso y la libertad; pero además de la resistencia, debemos comenzar también la ofensiva, empujar en contra de esta deriva autoritaria que se sigue ocultando tras discursos falsos y apoyos sociales.

Porque la democracia no es el destino, es el viaje perpetuo en la eterna conquista de la libertad.



La libertad no se pierde, se cede: autopsia de la sumisión democrática

Por: Gerardo García

*La democracia rara vez muere de manera abrupta. Como señalan Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en *How Democracies Die* (2018), el deterioro democrático suele ocurrir lentamente, desde dentro de las propias instituciones, impulsado por líderes electos que las van deteriorando poco a poco. El caso mexicano ofrece un ejemplo claro de esta “deriva autoritaria”, donde, a pesar de elecciones competitivas, se observa una erosión progresiva de contrapesos, oposiciones, normas no escritas y la cultura democrática.*

En primer lugar, Levitsky y Ziblatt destacan que los partidos deben actuar como guardianes de la democracia, filtrando a figuras con tintes autoritarios. En México, este mecanismo de contención ha fallado repetidamente. PRI, PAN y PRD, debilitados por su corrupción y la pérdida de legitimidad, facilitaron el ascenso de un liderazgo que, bajo la bandera del cambio, terminó concentrando todo el poder en torno a su partido. Esta “alianza fatal” recuerda a los casos estudiados por autores en América Latina y Europa, donde las élites creen que podrán controlar a líderes disruptivos, pero terminan cediendo espacio al autoritarismo.

Otro aspecto clave es la subversión gradual de la democracia. Levitsky y Ziblatt señalan tres mecanismos principales: captura de árbitros, hostigamiento a la oposición y manipulación de reglas electorales. En México, los intentos de reformar al Instituto Nacional Electoral, los ataques discursivos al Poder Judicial y la estigmatización de la prensa crítica, muestran señales claras de esa erosión. Aunque el régimen mantiene elecciones, la cancha comienza a inclinarse en favor del oficialismo, aproximándose al modelo de “autoritarismo competitivo”.

Asimismo, la democracia depende de normas no escritas como la tolerancia mutua y la contención institucional. En México, la polarización política ha debilitado ambas. Los adversarios son descalificados como “enemigos del pueblo” o “traidores a la patria”, mientras que el Ejecutivo ejerce su poder hasta el límite, sin contención. Este deterioro de las normas informales es, para Levitsky y Ziblatt, uno de los signos más peligrosos de erosión democrática.

*En conclusión, la deriva autoritaria en México no se expresa en un quiebre abierto, sino en un desgaste paulatino que normaliza la concentración de poder y la polarización extrema. Siguiendo la advertencia de *How Democracies Die*, la defensa de la democracia no se limita a elecciones periódicas: exige instituciones sólidas, normas de contención y una ciudadanía sumamente activa. La historia comparada muestra que, si estos elementos se ignoran, incluso democracias jóvenes como la mexicana pueden deslizarse hacia un régimen autoritario disfrazado de legalidad.*



Crisis de Gobernanza: Cuando el Poder Desplaza a la Democracia

Por: María Teresa Villegas Santillán,

La democracia, entendida como un sistema que combina legitimidad política con responsabilidad institucional, es también un modelo de administración pública eficiente. Cuando las decisiones se abren al escrutinio, los recursos se distribuyen con mayor equidad, y la rendición de cuentas se convierte en un eje rector de la gestión gubernamental. Sin embargo, en México observamos un fenómeno preocupante: la erosión gradual de esos principios a causa de una creciente deriva autoritaria.

En los últimos años, se ha consolidado una tendencia centralizadora del poder que afecta directamente la salud institucional del país. Se debilitan los contrapesos, se desincentiva la autonomía de los órganos técnicos y se erosiona la confianza en las instancias de control presupuestal y fiscal. Desde una perspectiva administrativa, esto genera un riesgo severo: cuando el poder se concentra, la eficiencia y la transparencia se diluyen. Los gobiernos autoritarios suelen ser ineficientes, no porque carezcan de recursos, sino porque los destinan con criterios

políticos, no técnicos.

México no es la excepción. Hemos visto cómo la retórica populista y la confrontación con las instituciones han desplazado la planeación estratégica, la evaluación de resultados y la rendición de cuentas. Se privilegia el discurso sobre la gestión, y la improvisación sobre la técnica. En este contexto, la democracia se convierte no solo en una víctima política, sino también en una pérdida económica: cada decisión que se toma sin evaluación de impacto, sin participación plural o sin controles institucionales, se traduce en desperdicio de recursos y retroceso social.

En Zacatecas, la deriva autoritaria se refleja en la falta de coordinación institucional y en la desarticulación de políticas públicas que deberían responder a indicadores de desempeño, no a intereses partidistas. El debilitamiento de los organismos ciudadanos, la falta de transparencia en el gasto y la escasa evaluación de resultados son síntomas de un modelo político que se ha alejado del principio básico de buena gobernanza: servir con eficacia y rendir cuentas con claridad. Desde Movimiento Ciudadano,





sostenemos que la defensa de la democracia también es una defensa de la buena administración. No hay desarrollo económico sin instituciones sólidas, ni bienestar social sin transparencia y planeación. La modernización del Estado requiere gobiernos que tomen decisiones basadas en evidencia, con controles financieros claros, presupuestos participativos y procesos administrativos auditables.

La erosión democrática no solo amenaza nuestras libertades políticas, sino también nuestra estabilidad económica y fiscal. Por ello, el reto es

doble: recuperar la confianza ciudadana en las instituciones y fortalecer la gestión pública desde principios de eficiencia, ética y participación.

México y Zacatecas necesitan una nueva cultura política que conciba la democracia como un valor y como una metodología de gobierno. Una democracia que administre con responsabilidad, que planee con visión de futuro y que rinda cuentas con transparencia. Solo así podremos revertir la deriva autoritaria y reconstruir un modelo de desarrollo verdaderamente sustentable y humano.





La trampa del autoritarismo moderno

Por: Edgar Frías

Durante décadas, la democracia pareció un destino seguro, una meta alcanzada tras siglos de luchas y dictaduras. Sin embargo, en los últimos años, ese ideal comenzó a agrietarse. Lo que alguna vez fue una promesa de libertad y equilibrio se quiebra poco a poco. No hace falta una acción militar por parte del Estado; basta con reformas disfrazadas de eficiencia y líderes que hablan en nombre del pueblo para concentrar más poder del que deberían.

Desde Europa del Este hasta América Latina, surgen gobiernos que, sin abolir elecciones ni suspender constituciones, concentran el poder y debilitan las libertades. A esto se le conoce como “deriva autoritaria”. Desde los grandes escenarios mundiales hasta los rincones más locales, la democracia enfrenta una amenaza silenciosa pero persistente.

Es un proceso sutil pero corrosivo, que transforma a las democracias en regímenes cada vez más controlados. Se infiltra poco a poco, minando instituciones, reduciendo márgenes de deliberación democrática y remodelando la relación entre gobernantes y gobernados.



A nivel mundial, el panorama se torna inquietante. El Índice de Democracia de The Economist Intelligence Unit señala que más de un tercio de la población vive bajo gobiernos autoritarios. La organización V-Dem lleva un cuarto de siglo alertando sobre la autocratización global, y Freedom House advierte que los autoritarismos modernos ya no necesitan romper las reglas, solo torcerlas con habilidad.

Los ejemplos abundan: Viktor Orbán en Hungría y Recep Tayyip Erdoğan en Turquía aprendieron a dominar el juego democrático sin abolirlo. En nombre de la soberanía, controlan tribunales, hostigan a la prensa y se presentan como la voz única del pueblo. Esa misma lógica, pero con matices propios, se extiende por América Latina. En El Salvador, Nayib Bukele gobierna con mano firme y una popularidad récord; en Argentina, Javier Milei sacude el sistema con políticas que tensan las instituciones; y en Nicaragua o Venezuela, la pluralidad ya fue cancelada hace tiempo.

El Latinobarómetro 2023 reflejó este desencanto: apenas la mitad de los latinoamericanos cree que la democracia sigue siendo el mejor sistema. El cansancio se mezcla con frustración. Los ciudadanos se hartan de gobiernos corruptos e ineficaces y terminan aplaudiendo a líderes fuertes que prometen orden, aunque el precio sea su libertad.

Así surgió el concepto de “autocracia informativa” o spin dictatorship, acuñado por Daniel Treisman, que señala cómo los regímenes modernos apelan menos al miedo explícito y más a la propaganda, enfocándose en el discurso y la manipulación de la agenda mediática.

Y México no escapa a este fenómeno. Aunque sigue celebrando elecciones, la fragilidad institucional es evidente. Freedom House lo clasifica como un país “parcialmente libre”. En años recientes, el poder central ha disuelto organismos autónomos bajo el argumento de ahorrar recursos y erradicar la corrupción, pero en realidad reduce los contrapesos. Dos claros ejemplos son los recientes votos en las legislaturas para eliminar siete órganos reguladores y de supervisión independientes, y la llamada “elección judicial”, donde el partido en el gobierno extendió su influencia sobre la Suprema Corte mediante una votación con apenas 13% de participación ciudadana y el uso de listas de candidatos recomendadas —conocidas como los “acordeones del bienestar”—, distribuidas en todo el país. Esto ha generado alarma en México y en el extranjero sobre la libertad e independencia del Poder Judicial. Hoy, los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial parecen responder al mismo mando, un eco preocupante de los viejos vicios del poder.

Este patrón coincide con lo que describen Steven Levitsky y Daniel Ziblatt en “Cómo



mueren las democracias”: los gobiernos no destruyen los sistemas de un día para otro; los van vaciando desde adentro.

En México, esa erosión se manifiesta también en la violencia política. Los candidatos no solo compiten por votos, sino por sobrevivir. Nuestro país es el más letal del continente para aspirantes a puestos públicos locales: en los últimos siete años, decenas han sido asesinados por grupos criminales que buscan controlar gobiernos municipales. Mientras tanto, los ciudadanos, atrapados entre la inseguridad y las dádivas, apoyan o toleran el debilitamiento institucional a cambio de programas sociales o promesas de transformación. El portal Ballots and Bullets llama a esta estrategia “erosión vía violencia política”.

La prensa tampoco está a salvo. Desde 2018, 47 periodistas han sido asesinados, según Article 19. La censura no llega en forma de leyes, sino de amenazas, campañas de desprestigio y miedo. Casos como el “Televisa Leaks” mostraron cómo la manipulación mediática y la colusión entre poder político y empresarial limitan la crítica independiente.

De acuerdo con el informe Freedom on the Net 2024, México se mantiene como uno de los países más peligrosos para periodistas, donde las amenazas, el acoso judicial y la violencia inducen la autocensura.

Sin embargo, no todo está perdido. Algunos analistas sostienen que la estructura federal, el sistema electoral y ciertos contrapesos aún ofrecen resistencia. Pero esa resiliencia se percibe muy frágil.

- *¿Qué pasa cuando un juez teme contrariar al gobierno?*
- *¿Cuándo los medios callan por miedo o conveniencia?*
- *¿Cuándo un cártel decide quién gobierna un municipio?*

La deriva autoritaria no se instala de golpe. Llega en silencio, disfrazada de normalidad. Se asienta en decretos, reformas y discursos que prometen justicia mientras socavan libertades. Detenerla requiere ciudadanos atentos que vigilen, cuestionen y participen; una prensa libre con garantías reales de seguridad y libertad; y un Estado de derecho que no se arrodille. “Instituciones fuertes”, que no se doblen ante el poder político.

Porque si la costumbre vence al espíritu democrático, un día despertaremos sin darnos cuenta de que ya no elegimos nada.

La democracia no muere de un solo golpe; muere de indiferencia. Y en tiempos como estos, callar es una forma de rendición.



¿Quién dicta las reglas?

Por: Adrián “Lobo” Del Real

En Rumanía el poder judicial declara la nulidad de la primera vuelta de las elecciones presidenciales en diciembre del 2024 debido a supuestas injerencias extranjeras. Unos meses después, en Nepal, estallarían protestas con fuerza suficiente para hacer renunciar al primer ministro. Formalmente no parece que ambos eventos compartan rasgos comunes, excepto, claro, el de ser un hecho sin precedentes en sus respectivas naciones.

*Vale la pena preguntarse: ¿Qué hay de común estos dos movimientos de la historia reciente? Y la pregunta más urgente: ¿Qué nos dicen sobre la realidad y simulación de la praxis democrática? Esto nos lleva a preguntarnos por lo que se entendía en Occidente como esa piedra de toque: la creencia de que basta con que alguien más la tenga para que sea 'real', según Žižek en *The Reality of the Virtual*.*

Žižek distingue en ese discurso varios niveles de realidad: la realidad externa de los hechos materiales, la realidad subjetiva de nuestra experiencia, y un tercer nivel, el de la “realidad virtual” que sostiene el funcionamiento de lo social. Este último no es imaginario en el sentido de falso, sino una ficción compartida que estructura nuestras prácticas: el dinero vale porque todos creemos en su valor, una nación existe porque actuamos como si existiera, la democracia funciona porque colectivamente nos comportamos como si sus procedimientos fueran incuestionables. Sin esa ficción sostenida, lo real se derrumba.

Trasladado al terreno democrático, esto significa que las elecciones no son solo un procedimiento legal, sino una puesta en escena virtual que necesita de la creencia colectiva en su legitimidad para operar. Cuando esa creencia se erosiona —ya sea por la sospecha de manipulación algorítmica, de injerencia extranjera, o simplemente por la pérdida de confianza en las instituciones— lo que colapsa no es únicamente la votación concreta, sino el nivel virtual que sostiene a toda la praxis democrática. La democracia, en otras palabras, es tanto un procedimiento jurídico como una construcción simbólica que depende de la virtualidad compartida.

Hasta aquí no habría ninguna diferencia sustancial con lo que hemos visto durante todo el siglo XX: la simulación se lleva a cabo con toda formalidad, la instancia



supranacional que invalida las elecciones en Rumanía está inserta en lo real de lo virtual, por tanto, puede imponer su verosimilitud y todo encaja en las reglas del simulacro, pero, la situación se descompone cuando intentamos trazar la línea entre lo que (dicen las autoridades) fue una injerencia extranjera por medio de redes sociales, particularmente TikTok, para favorecer al candidato pro-ruso (el otrora ganador de los comicios) y la subjetividad de los (muy reales) votantes que le dieron el triunfo. Los marcos legales en los que operan las redes sociales en cuestiones electorales resultan insuficientes, no se puede, con ningún tipo de objetividad, fincar una diferencia entre la subjetividad “manipulada” y una subjetividad que emitió libremente su voto de castigo contra un gobierno pro-occidental que ha hundido al país en una situación insostenible por intentar seguir el guion de las potencias occidentales. Fun fact: si significara algo, aún, estamos hablando de coaliciones de derecha contra coaliciones de ultra derecha.

Las coordenadas del simulacro se han dislocado porque la maquinaria de manipulación mediática es nueva, el “enemigo” según el aparato de Estado, ha usado un arma de la que todavía no conocemos los alcances y el know-how de su uso está patentado por grandes corporaciones. Ojalá pudiéramos decir: “oriente VS occidente”, pero si hiciéramos eso, estaríamos cometiendo el mismo error de la Unión Europea. En la descabellada preocupación y la carrera armamentística contra el enemigo invisible atribuido a Rusia, quienes juegan (en realidad) son las patentes. Lo ocurrido en Nepal, ahora sí, es un escenario B de lo ocurrido en Rumania, poco antes de las protestas se implementa una regulación para las redes sociales, las empresas se niegan a los términos del gobierno y en consecuencia esas redes quedan bloqueadas por los ISPs del país. Lo que políticas lesivas a la población en general no pudieron hacer, lo logra el bloqueo de Instagram, TikTok, y Facebook: las protestas son tan grandes que se derrumba un gobierno. El aparato de Estado deja de ser parte de la realidad de lo virtual, queda plenamente aceptado en el acto del simulacro: hay un jugador al que no se le puede pedir que acate reglas, incluso si estas reglas son la prohibición del extractivismo de datos.

La lectura de Žižek puede articularse con otras tradiciones críticas. La Escuela de Frankfurt (Adorno y Horkheimer) ya había advertido que la industria cultural producía subjetividades estandarizadas, moldeando la percepción de la realidad más allá de los hechos materiales. Baudrillard fue un paso más allá: en el régimen del simulacro, la distinción entre lo real y su representación colapsa; no hay un referente al cual volver, solo la circulación de signos. Žižek, con su noción de “lo real de lo



virtual”, no niega la importancia de los hechos materiales, pero advierte que la realidad política se sostiene en ficciones compartidas, ficciones que pueden ser manipuladas o incluso reprogramadas.

Aquí es donde la democracia contemporánea se revela frágil: las reglas del juego ya no están garantizadas por el Estado-nación o por el derecho internacional, sino por plataformas privadas que median lo virtual. El voto de un ciudadano rumano o la indignación de un joven nepalí no se forman únicamente en la plaza pública ni en los medios tradicionales, sino en un espacio digital administrado por algoritmos opacos, diseñados para maximizar la atención y la rentabilidad. Como advierte Shoshana Zuboff, esta economía no se basa en intercambios transparentes, sino en la expropiación de la experiencia para producir predicciones y modificaciones de conducta.

De ahí la paradoja: mientras los Estados intentan regular retrospectivamente lo ocurrido (anular elecciones, bloquear redes sociales, sancionar a actores extranjeros), el terreno en el que se juega la legitimidad democrática ya ha sido previamente ocupado por actores privados con intereses muy distintos a los de la ciudadanía. En términos de Žižek, la “realidad virtual” que sostiene la democracia ha sido secuestrada: seguimos participando en el ritual democrático, pero el marco de referencia simbólico lo definen otros.

Si Žižek advierte que la democracia funciona gracias a una ficción compartida —una virtualidad que sostiene lo real—, entonces la pregunta obligada es: ¿quién controla hoy esa virtualidad? El poder ya no reside exclusivamente en los parlamentos o en los tribunales constitucionales, sino en las corporaciones tecnológicas que median la esfera pública.

Los ejemplos abundan. En Australia (2021), cuando el parlamento intentó aprobar una ley que obligaba a Facebook y Google a pagar a los medios locales por el uso de sus contenidos, Meta respondió bloqueando de manera unilateral el acceso a noticias para todos los usuarios australianos. Durante varios días, un actor privado paralizó de facto el ecosistema informativo nacional, dejando en evidencia que su infraestructura tenía más capacidad de regulación inmediata que el propio Estado.¹² En India (2021), el gobierno exigió a Twitter que eliminara contenidos relacionados con las protestas de agricultores contra las reformas neoliberales. Twitter bloqueó

1 Nick Couldry y Ulises A. Mejias, *The Costs of Connection: How Data Is Colonizing Human Life and Appropriating It for Capitalism, Culture and Economic Life* (Stanford University Press, 2019), <https://doi.org/10.1515/9781503609754>.

2 Terry Flew, *Regulating platforms*, Digital media and society series (Polity Press, 2021).

3 Christian Fuchs, *Communication and Capitalism: A Critical Theory*, Critical Digital and Social Media Studies (University of Westminster Press, 2020).



algunas cuentas de manera temporal, pero posteriormente se negó a acatar todas las órdenes oficiales, alegando compromisos con la libertad de expresión. El resultado fue un impasse político donde ni el Estado más poblado del mundo ni una corporación privada reconocían plenamente la soberanía del otro³

En Nepal (2024), como ya vimos, el bloqueo estatal de redes sociales terminó detonando la caída del gobierno. Lo que los impuestos regresivos, la inflación y la corrupción no habían logrado, lo consiguió la ausencia de TikTok, Facebook e Instagram: la juventud, privada de sus plataformas cotidianas, volcó su descontento en las calles. En este caso, las plataformas no solo mediaron la protesta: su mera desconexión redibujó la línea de lo posible en la política nacional.

Por otro lado, en Estados Unidos y Europa, el escándalo de Cambridge Analytica mostró hasta qué punto Facebook pudo ser instrumentalizado para incidir en elecciones soberanas —Trump en 2016, Brexit en 2016— sin que los Estados afectados tuvieran herramientas legales inmediatas para reaccionar.⁴ El marco regulatorio llegó años después, cuando el daño simbólico ya estaba hecho.

Estos casos revelan un patrón: la realidad virtual de la democracia ya no se sostiene únicamente en la confianza en instituciones nacionales, sino en arquitecturas digitales privadas. Como apunta Yanis Varoufakis (2023), vivimos en un régimen de tecno-feudalismo,⁵ donde las grandes plataformas no compiten en mercados abiertos, sino que gobiernan ecosistemas cerrados como auténticos “señores feudales” de la infraestructura digital. En ese régimen, las reglas ya no son dictadas por los Estados, sino por algoritmos opacos, patentes corporativas y arquitecturas de elección diseñadas para maximizar la rentabilidad.

La pregunta “¿quién hace las reglas?” deja de ser retórica: las hacen quienes poseen las plataformas que median nuestras prácticas de comunicación, información y, en última instancia, decisión política. El soberano ya no es el pueblo, sino la interfaz.

Si en la escala geopolítica las corporaciones parecen capaces de doblegar la soberanía de los Estados, en la escala individual los algoritmos ejercen un poder todavía más sutil y profundo: establecen rutinas, jerarquías de atención y deseos que rara vez son objeto de discusión pública. Nadie votó para que TikTok definiera qué videos vemos primero, ni para que Twitter/X decida qué discursos aparecen amplificados en nuestros muros, y sin embargo, esas arquitecturas invisibles moldean el campo de lo posible en la experiencia cotidiana.

3 Christian Fuchs, *Communication and Capitalism: A Critical Theory*, Critical Digital and Social Media Studies (University of Westminster Press, 2020).

4 Shoshana Zuboff, *La era del capitalismo de vigilancia* (Paidós, 2019).

5 Yanis Varoufakis, *Technofeudalism: What Killed Capitalism* (The Bodley Head, 2023).



El efecto es doble. Por un lado, los algoritmos reorganizan el tiempo subjetivo, pues condicionan cuánto y cómo dedicamos atención a ciertos contenidos; por otro, configuran la percepción de lo real, ya que lo que aparece en nuestra pantalla se percibe como una muestra legítima del mundo, aunque no sea más que el producto de una curaduría estadística. En términos foucaultianos, se trata de un poder disciplinario difuso, que no se impone desde fuera sino que se interioriza como hábito: deslizamos, compartimos, reaccionamos, y en cada gesto reforzamos la lógica algorítmica.

Žižek nos diría que aquí el “real de lo virtual” alcanza su máxima intensidad: no solo creemos en la democracia porque actuamos como si funcionara, sino que creemos en nuestra libertad individual mientras seguimos al pie de la letra reglas invisibles dictadas por plataformas privadas. La paradoja es que sentimos que ejercemos autonomía —“yo elijo qué ver, a quién seguir, qué comentar”—, pero en realidad esa autonomía está ya encuadrada por un sistema que nos ofrece un menú reducido de opciones diseñadas para maximizar la permanencia en la plataforma y la extracción de datos

Más aún, esta interiorización ocurre sin resistencia consciente. Nadie se pregunta por qué deslizar hacia abajo en Instagram genera un flujo infinito, o por qué YouTube reproduce automáticamente el siguiente video. Simplemente lo aceptamos como parte del entorno, de la misma manera en que aceptamos que el dinero tiene valor. El dispositivo técnico se vuelve naturalizado, y lo que en realidad es un diseño corporativo se internaliza como hábito social.

Aquí se juega la fragilidad de la democracia en el siglo XXI: la ciudadanía se construye hoy en espacios donde las reglas ya no son deliberadas ni negociadas colectivamente, sino inscritas en código fuente y ejecutadas por algoritmos opacos. Si antes la alienación pasaba por la industria cultural que moldeaba identidades de consumo (Adorno y Horkheimer), ahora pasa por la interactividad misma: es la acción del usuario la que alimenta la máquina de vigilancia y al mismo tiempo naturaliza su dominación.

**yo elijo qué ver,
a quién seguir,
qué comentar.**



El totalitarismo de la multitud

33

Por: Moisés Orozco Frausto

Vivimos un tiempo de descomposición. No es la crisis cíclica de las instituciones, ni el desgaste natural de los modelos políticos. Es algo más profundo y ominoso: la implosión del pacto social desde sus cimientos. La democracia liberal, ese proyecto que durante dos siglos intentó equilibrar la libertad individual con el bien común, se está desintegrando bajo el peso de un individualismo rabioso y tiránico. No estamos ante el ascenso de un tirano clásico, sino frente a la tiranía de millones de individuos, cada uno convertido en un micro-tirano de su propia burbuja, armado con un smartphone y una verdad subjetiva incuestionable.

El filósofo francés Éric Sadin, en La era del individuo tirano, diagnostica con precisión escalofriante esta condición inédita: la abolición progresiva de todo cimiento común. El proceso, gestado durante décadas, es la culminación de un individualismo liberal radical que, tras prometer la autorrealización, ha desembocado en una "atomización absoluta de los sujetos". La solidaridad fue reemplazada por la competencia feroz; el proyecto colectivo, por la obsesión por el éxito personal. El "just do it" de Nike no fue solo un eslogan publicitario, sino el credo de una época que nos convenció de que debíamos ser los únicos arquitectos de nuestro destino, sin deberle nada a nadie.

Esta ficción de autosuficiencia chocó brutalmente con la realidad: un mundo de precariedad creciente, desigualdades abismales, desastre ecológico y un retroceso sin precedentes del Estado de bienestar. El resultado no fue una vuelta a la política, sino una desilusión visceral. Los ciudadanos, sintiéndose engañados por las élites políticas, económicas y mediáticas, ya no creen en la representación. La desconfianza se ha convertido en el aire que respiramos.

Y aquí es donde la deriva se vuelve autoritaria. La ira y el resentimiento, productos de esta humillación sistémica, no encuentran cauces constructivos. En lugar de canalizarse hacia un nuevo proyecto colectivo, se repliegan en una "rabia íntima y solitaria". Cada individuo, herido en su orgullo y en sus expectativas, se erige en "banquero de su propia cólera". Las redes sociales, lejos de ser la plaza pública democratizadora que soñaban los gurús de Silicon Valley, se han convertido en el megáfono perfecto para esta multitud de furias desconectadas. Es el reino de la



sobreafirmación del yo: mi opinión, mi relato, mi verdad, importan más que cualquier hecho verificable o cualquier principio de realidad. La postverdad no es solo mentira; es la coronación de la subjetividad como único árbitro.

Este ecosistema es el caldo de cultivo perfecto para un nuevo autoritarismo, pero no el del siglo XX. No es el fascismo de un partido único que somete a las masas, sino lo que Sadin llama un “totalitarismo de la multitud” o un “fascismo individual atomizado”. Es la tiranía de la mayoría de la que advirtió Tocqueville, pero llevada a su extremo patológico: una mayoría que ya no es un cuerpo cohesionado, sino una constelación de soledades agresivas. Son individuos que, sintiéndose víctimas de un orden mayoritario que los excluye, rechazan cualquier forma de autoridad, desde el maestro hasta el científico, desde el político hasta el policía, y solo aceptan la ley de su propia convicción.

Este nuevo sujeto político, o más bien apolítico, no quiere reformar el sistema; lo desprecia en su totalidad. Su lema es el rechazo radical a ser gobernado. Figuras como Donald Trump no son la causa, sino el síntoma y el catalizador de este malestar. Encarnan el narcisismo patológico que resuena con las legiones de decepcionados, prometiendo venganza contra el “establishment”. Sin embargo, este liderazgo es inherentemente inestable. Las mismas hordas que lo aclaman hoy, pueden destituirlo mañana ante la más mínima decepción, porque su lealtad no es a un proyecto, sino a su propia ira.

La democracia representativa se basa en la delegación, el compromiso y la aceptación de un marco común de debate. Este nuevo ethos lo dinamita. Sustituye el conflicto político, inherente a la vida en común, por “antagonismos inconciliables”. Sustituye la deliberación por el insulto; la búsqueda de consensos, por la imposición del propio relato. El espacio público, el ágora donde se forja lo común, se fragmenta en una miríada de burbujas herméticas que no se escuchan, solo se gritan.

El panorama que se vislumbra es aterrador: una “ingobernabilidad permanente”. No es la anarquía creativa, sino el caos estéril de una guerra civil larvada de palabras y gestos. Es la “imposibilidad de anudar acuerdos, la imposibilidad de hacer sociedad”. Cuando la sociedad se reduce a un “agregado de soledades”, como se vio en los gilets jaunes franceses, lo que emerge no es un movimiento con horizonte, sino un estallido intermitente de rabia que no construye nada, solo destruye.

Frente a esta deriva, la solución no es nostálgica. No se puede volver al Estado de bienestar keynesiano como si nada hubiera pasado. El desafío es mucho más complejo: se trata de reinventar lo común en la era del individuo furioso. Como



sugiere Sadin, hay una feroz lucha entre dos pulsiones: la de aquellos movidos por el “deseo de destrucción” y los “animados por la firme intención de construir”. La esperanza, si existe, reside en recomponer los lazos fecundos, en insistir en que nuestra soledad fundamental puede vivirse de un modo dinámico, “tendiéndonos recíprocamente la mano”.

La democracia no se erosiona solo por los golpes de Estado o los líderes autoritarios. Se desmorona de manera más insidiosa y definitiva: cuando millones de ciudadanos libres, encerrados en sus jaulas de vidrio, deciden que el “nosotros” ya no vale la pena y que la tiranía de su propio “yo” es el único orden que reconocen. El fin de un mundo común no es una profecía; es el precipicio hacia el que nos estamos asomando.





PRIMER AÑO DEL SEGUNDO PISO DE LA 4T

Por: Pilar Pino Acevedo

"El mal no está en tener faltas, sino en no tratar de enmendarlas".

Confucio

A un año de asumir la presidencia Claudia Sheinbaum Pardo, como la primera mujer en ocupar ese cargo en México, cuenta con el tablero político más poderoso de los últimos 40 años. Con mayoría calificada en ambas cámaras legislativas, dominio de la Suprema Corte de Justicia y pocos contrapesos efectivos, hay poco que pueda impedir la continuación del proyecto de la 4T.

Un año sin oposición real. El PT y el PVEM funcionan como satélites; nacieron para ello y, aunque en ocasiones aparenten independencia, continúan sirviendo al poder. El PRI, el PAN y el PRD parecen carroñeros, esperando cualquier error de Morena para generar escándalo y controversia. Movimiento Ciudadano, el partido más pequeño y reciente, se ha postulado como segunda o tercera opción política, y aunque se le subestime, su influencia real no es despreciable.

Mientras la popularidad de la presidenta se mantiene estable, Morena muestra signos de desgaste, en parte por escándalos de corrupción, derroche y nexos con el narcotráfico. Las encuestas reflejan cómo estas polémicas afectan la percepción ciudadana y podrían tener consecuencias en los próximos comicios. El PRD, tras la partida de AMLO, se encuentra en una situación crónica de debilidad: paradójicamente, fue él quien unió a las tribus del partido y lo hizo crecer, y también quien contribuyó a su declive. Por su parte, PRI y PAN atraviesan sus peores momentos: el PRI con un líder que salta de escándalo en escándalo y acusado de priorizar intereses personales sobre los del partido; el PAN sin agenda propia, limitado a criticar al gobierno y con el único objetivo de recuperar el poder, como evidenció Lilly Téllez al proponer



intervenciones externas contra el narcotráfico, ignorando principios básicos de soberanía.

La ausencia de oposición sólida ha hecho que la vida pública dependa de Morena. Paradójicamente, la verdadera oposición al poder reside en este mismo partido, lo que constituye un riesgo de desdemocratización. Los escándalos internos, de excesos, corrupción y nexos con el narcotráfico, han marcado la percepción de parte de la militancia. Una oposición fuerte sería el contrapeso necesario ante la dinámica autoritaria que ha caracterizado la política mexicana desde los tiempos del priísmo hegemónico.

AMLO, como opositor, fue formidable y persistente: cuestionaba, denunciaba y presionaba constantemente. Quizá a la actual oposición le haga falta replicar algo de esa intensidad. Es momento de replantear su imagen, discurso, agenda e influencia.

Casos como los viajes de López Beltrán y Monreal a hoteles de lujo en Asia y Europa, o las declaraciones de Fernández Noroña sobre su derecho a la vida privada con opulencia mientras AMLO promovía austeridad por respeto a los millones de mexicanxs que viven en la pobreza, muestran la desconexión de la clase política con las expectativas ciudadanas.

Morena, no termina de consolidarse

como régimen. Su pluralidad interna y diversidad de intereses obliga a la presidenta a asumir un rol central de unificación. Fracturas internas, como las diferencias entre Adán Augusto y Monreal, con el ejecutivo respecto a la Ley contra el Nepotismo, evidencian tensiones.

Claudia Sheinbaum ha consolidado una popularidad incluso mayor que la de su predecesor durante el primer año de gobierno. Con una estrategia de cabeza fría, ha mantenido estable la relación bilateral con Estados Unidos, sorprendiendo a nivel global y posicionándola como una de las mandatarias más respetadas. Su decisión de no cargar culpas sobre su antecesor y asumir la responsabilidad directa del país muestra liderazgo y determinación.

La presidenta condena la corrupción y ha anunciado que nadie saldrá impune, enviando un mensaje claro sobre su intención de limpiar al movimiento de lastres internos. Su relación con la iniciativa privada y con Estados Unidos es más colaborativa y pragmática que la de AMLO, lo que le ha permitido consolidar reconocimiento nacional e internacional.

En Morena, su estrategia se ha desarrollado en tres fases:

1. *Laissez-faire*: dejó el partido temporalmente en manos de Luisa



María Alcalde y Andrés López Beltrán, evitando que se convirtiera en un instrumento de poder permanente.

2.El manotazo: a inicios de año exhortó a la militancia a frenar excesos, interviniendo de manera más activa cuando los líderes fallaron.

3.Neutralización: permite que los morenistas envueltos en escándalos se enfrenten a las consecuencias, limitándose a respaldos mínimos, debilitando así a quienes desafían su autoridad.

Esta estrategia ha mostrado resultados: la popularidad de la presidenta se mantiene mientras la identificación de los votantes con Morena disminuye parcialmente debido a los escándalos internos, consolidando su liderazgo.

El primer año de Sheinbaum ha implicado asumir la dirección del partido y reducir la influencia de figuras clave colocadas por AMLO, como Adán Augusto, Monreal y Noroña. Otro lastre del partido, son gobernadores que impulsan agendas contra la libertad de expresión, represivas en contra de los movimientos sociales, obras faraónicas pese al repudio social (con precios tan inflados que insulta la inteligencia de la ciudadanía) y corrupción local, utilizando incluso la violencia de género como herramienta política, muy lejos de los objetivos de la lucha feminista por lo que fue creada.

El liderazgo democrático requiere no solo de hazañas de su líder, sino de un gobierno confiable y una biografía consistente. Sheinbaum ha creado un equipo de confianza, austero y honesto, con figuras clave en seguridad, gobierno digital y política legislativa. En la práctica, continuará el proyecto político de la 4T, aunque introduciendo cambios operativos importantes.

Entre sus logros estratégicos se encuentra el manejo de iniciativas como la modificación de la fecha del referéndum presidencial, aprovechando su popularidad para generar un efecto de arrastre electoral y aumentar la participación ciudadana, todo justificado técnicamente para reducir costos y fatiga electoral.

Tras este primer año, queda claro que Claudia Sheinbaum no es una figura sumisa ni heredera del poder de otros: ella es el poder. Su liderazgo ha redefinido las reglas del partido, consolidando su posición y dejando atrás análisis misóginos o simplistas sobre su capacidad de decisión.





ZACATECAS

